

consuetud de ellas nacida de considerar los condados y marquesados como dignidades hereditarias estaba tan en su colmo que poco después había de recibir la autorización de la ley general del Imperio; rodeado de todo el prestigio y misterio de las tradiciones, Wifredo I *el Velloso* encabeza aquella serie de condes independientes; y con vigor antes jamás conocido en las comarcas catalanas, arraiga aquel árbol fuerte y fecundo, que desmochado frecuentemente por las espadas sarracenas y regado con sangre infiel y cristiana, salió de sus heridas más frondoso y más alto, dilató sus ramas á otros reinos, hasta venir á entroncarse como parte principal en la formación de la actual monarquía española. Si fué á Francia á merecer que de su sangre propia y por mano del emperador fuesen pintadas en su escudo las barras gules, blasón de la casa condal; si entonces á falta de auxilios recibió la donación libre de su condado, ¿qué importa investigar estos puntos dudosos, cuando á poco le vemos arrojar con la sola ayuda de sus buenos catalanes á los sarracenos de todo el antiguo condado de Ausona (*Vich*), de entrambas faldas del Montserrat, y de buena porción del campo de Tarragona? Más grato es contemplarle después, agradecido al favor de Dios, fundar en el valle alto del Ter los dos monasterios de San Juan de las Abadesas y Santa María de Ripoll, ofreciendo á su servicio su hija Emmón en el primero (875), y en el otro su hijo Rodolfo (888). Su nombre, que va enlazado con la historia de estas dos casas religiosas y con los orígenes milagrosos del culto de Nuestra Señora en Monserrate (1), desaparece

(1) Cuenta la tradición que una hija del Conde, atormentada del demonio, fué llevada á la montaña de Monserrate para que el ermitaño Juan Garín echase de su cuerpo el maligno espíritu. Aprovechando Satanás la coyuntura de quedarse Garín á solas con la doncella, y apareciéndosele en figura de otro ermitaño, indújole á violarla y á matarla después para ocultar su delito. Pero Garín se arrepintió de su pecado: fué á Roma, y confesándolo, obtuvo remisión con la áspera penitencia de vivir como bestia, pues como bestia había delinquido. Siete años anduvo por la misma montaña á gatas y comiendo yerba; y cubriéndosele con la desnudez todo el cuerpo de mucho vello, quedó con más apariencia de fiera que de hombre. Avino pues que el Conde (de quien la tradición no dice qué diligencias practicó por la desaparición de su hija) fué á cazar al Montserrat, y como sus monteros to-

con el de su esposa Winidilde por agosto de 897; pudiéndose asegurar que el día 11 de agosto de 898 la muerte heló aquellas manos siempre prontas para el servicio de Dios y la libertad de Cataluña (a).

El triple condado de Barcelona, Ausona y Gerona pasa entonces á su hijo Wifredo II ó Borrell I; mas no consta si por igual sucesión otros hermanos de éste heredaron también entonces los de Urgel, Besalú y Cerdaña. La casa de donde El *Velloso* descendía, al parecer fué fecunda en varones esforzados;

pasen con el nuevo monstruo, pasmados de su figura y de su mansedumbre, se lo presentaron y él lo llevó á su palacio de Barcelona. Era llegado el término de su penitencia. Un día, traída la supuesta fiera á que la viesan las gentes que el conde había convidado á comer en su casa extramuros llamada de *Valldaura*, un hijo suyo que aún estaba en brazos del ama, de repente habló y dijo: *Levántate, Juan Garín, que Dios ya te ha perdonado*. Hizolo el penitente; reiteró con muchas lágrimas la confesión de sus culpas, admiraron todos el prodigio, y siguiéndole á Montserrat, desenterraron la asesinada doncella, á quien encontraron viva por la intercesión de Nuestra Señora. Tal cual es, esta poética historia conserva recuerdos locales: el antiguo palacio de *Valldaura* es aquella casa con torreón (a) y con una ventana árabe pura, que ya describimos y está en el extremo de la calle *Riera de San Juan*; — hace algunos años que dos toscas imágenes representaban en el patio de esa casa al velludo penitente arrodillado y al ama con el niño; y hoy se conservan en el Museo de la Academia de Buenas Letras establecido en el monasterio de San Juan (b). La casa condal de *Valldaura* pasó por donación al monasterio de Santas Creus: será respetado este poético recuerdo, ó vendrá en poder de un comprador que lo derribe?

(a) La importancia de Wifredo, en la historia de Cataluña, es tal, y son, al mismo tiempo, tan escasos los datos ciertos que de él nos quedan, que todos los autores se han afanado en investigar respecto del mismo, y en depurar las circunstancias de su vida. Según tal estudio, nada puede afirmarse de las poéticas tradiciones que rodean á aquella interesante figura de nuestros anales, debiendo considerarse enteramente falsa la relativa al escudo de las barras.

Su aparición cierta en la historia sólo debe referirse á las fechas citadas en el texto, si bien la de la muerte, D. Antonio de Bofarull la fija en el año 902, en el mismo día 11 de Agosto, apoyándola en documentos.

El apelativo de *Velloso* ha sido también objeto de aclaraciones por parte del citado autor, quien recuerda que tal adjetivo responde á *Hirsutus* ó *Pilosus*, nombre que, según Ducange, se atribuía á los condes encargados de un gran distrito yermo, silvestre ó agreste, y se daba precisamente al conde de Flandes bajo cuyo cuidado se supone que estuvo en su niñez nuestro Wifredo.

Tal conjetura la enlaza otro escritor, que se ha ocupado especialmente de este personaje (D. J. Narciso Roca — *Wifred lo Pilós* — *Renaixensa* — Años 1876 á 79), con la de haber regido este conde, antes del condado de Barcelona, el de Ausona; aplicándole aquel apelativo aludiendo al estado de yermo, en que se encontraba, en aquel tiempo, el territorio de este último.

(a) Véanse las notas b y c de la pág. 61.

(b) Hoy en Santa Águeda.

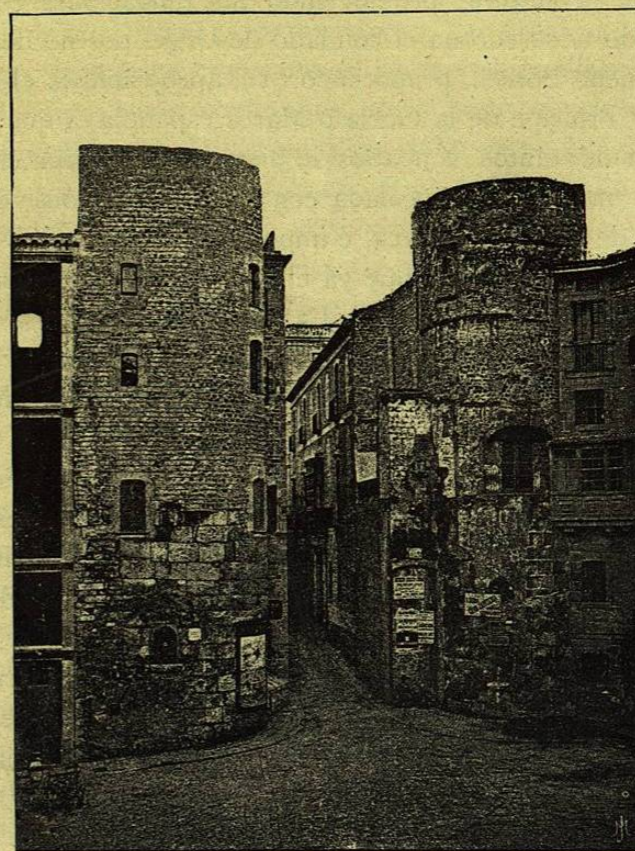


y es muy probable que, componiendo una familia de guerreros, sus hermanos poseyeron estos condados, ya que le ayudaron á reconquistar á punta de lanza cuánto los sarracenos habían recobrado en el interior y al mediodía de Cataluña. Wifredo II ó Borrell I (1) pereció en la flor de su edad á 26 de abril de 912 de la Encarnación, no dejando de la condesa Garsendis ó Garsinda más que una hija llamada Rikildis ó Riquilde, que después casó con el vizconde de Narbona.

Así entró á ceñir la corona su hermano *Sunyer*, segundo hijo de Wifredo el *Velloso*, que tal vez hasta entonces había regido el condado de Besalú y con su nuevo ascenso lo traspasó á otro de sus hermanos. Más afortunado ó más activo que su predecesor, comienza á edificar sobre las ruinas hacinadas por los sarracenos, y presta su impulso á la dotación y acrecentamiento de aquellas casas religiosas, de las cuales como de un rico depósito habían de difundirse los principios y los trabajos que templan la rudeza de los pueblos y á cuya propagación eran poco aptas las manos del príncipe, necesitadas todavía á manejar las armas. La suerte de las batallas, que da y quita los imperios á precios siempre costosos, ensangrentó sus laureles y llenó de amargura su corazón, arrebatándole sin duda en 940-42 su joven primogénito Ermengaudó ó Armengol, á quien titulaba conde de Ampurias y fiaba alguna participación en el gobierno de sus estados. Ni los consuelos de su esposa Rikildis, ni el verse rodeado de sus demás hijos, debieron de ser poderosos á suavizar su pesadumbre; y asociándose primeramente en el mando su hijo mayor Borrell, en cuyas altas prendas podía cifrar grande esperanza, renunció en él todo su poder por los años de 946 y vistió el hábito religioso probablemente en el monasterio de la Grassa, donde le encontró la muerte á 15 de octubre de 953.

(1) En los documentos que cita *Bofarull, Condes Vindicados*, se encuentra Wifredo II con el sobrenombre de Borrell á manera de apodo, con estas palabras *Wifredi quem vocaverunt Borello, — qui vocabulum fuit Borrello*.

*Borrell II* justificó las esperanzas de su padre ya en vida de éste. Hasta los años de 956 continuó empuñando solo el cetro; mas entonces su hermano menor *Mirón* entró á compartir el



TORRES DE LA PLAZA NUEVA

solio. La voluntad testamentaria de *Sunyer* es desconocida: ¿qué mayor testimonio de ella empero que la constante armonía con que ambos hermanos se hubieron en su conreinado? Breve fué este, pues el fallecimiento de *Mirón* en 31 de octubre de 966 dejó á *Borrell II* forzado á contrarestar con sus únicos esfuer-



zos toda la avenida de infortunios, que casi pusieron por tierra el edificio de la restauración catalana. Algún espacio tardó en sobrevenir la tormenta; y entre tanto pudo Borrell II adelantar la obra de sus mayores, esparciendo por sus estados las semillas de la cultura, promoviendo las fundaciones religiosas, agregando á su corona el condado de Urgel por no dejar sucesor su dueño Borrell, primo suyo (1), apropiándose el título de Duque y Príncipe de la Gocia ó Marca española, á que la aglomeración de tantos condados le dieran derecho aun cuando la primacía no viniese vinculada con el de Barcelona desde la creación de la misma Marca, é imponiendo á los wálies ó régu-los fronterizos el tributo que ya el valor de sus antepasados solía arrancarles con frecuencia. La muerte de su esposa Ledgardis fué como el agüero de los males que amenazaban; y el duelo de la familia condal en cierto modo vaticinó el que pronto iba á cubrir los campos de Cataluña.

Brillaba ya en Andalucía el varón, futuro azote de los cristianos: las flacas manos del joven emir de Córdoba Hescham II abandonaban con placer las riendas del mando á su intrépido tutor y hadjeb Almanzor (a); y encendiendo Dios la llama del valor en el corazón de este guerrero, iba á estrechar con los infortunios los vínculos de alianza entre los estados cristianos ya más atentos á sus querellas y rivalidades que á la reconquista total de la patria. Los ejércitos sarracenos, precipitándose al impulso de aquel caudillo sobre los reinos de León y Galicia, renovaron con mayor estrago los días funestos de la invasión primera; y como á veces revolvían contra las tierras de la Marca, al fin tentaron embestir á Barcelona. La memoria de este suceso arraigó de tal manera en el país y con tanta fuerza hirió la imaginación de los catalanes, que la tradición, conservándolo á través de las generaciones, lo ha ido embelleciendo y acrecen-

(1) Era hijo de Seniofredo, que á su vez lo fué de Wifredo el veloso y puede decirse que es el primer conde de Urgel que consta con certeza.

(a) Al-mansur el invencible.

tando con circunstancias heroicas, á la manera con que los picos del Pirineo suben y se agrandan al paso que de ellos nos alejamos; ó de la misma suerte con que el alud, que se desliza con la rapidez y el silbido del viento desde las cumbres de Nuria ó de la Maladetta, crece y se ensancha á medida que va derrumbándose por las laderas y los barrancos. Las crónicas han recogido estas relaciones circunstanciadas por la tradición: con su sencillo lenguaje unas narran que, desesperado el conde Borrell de sostenerse dentro de las murallas, salió de noche y por mar á reunir sus montañeses y rechazar después las tropas musulmicas; y otras, añadiendo un segundo sitio, ponderan el valor con que el conde y su corta mesnada quisieron oponerse al ejército infiel en el llano del Vallés y la desgracia de tan temerario combate. Es fama, según ellas, que recogiendo Borrell con las reliquias de sus quinientos caballeros al castillo de Ghanta (1), tras una desesperada defensa rindió su vida á los golpes enemigos; y que cortada su cabeza, los moros la tiraron dentro de la ciudad por medio de una ballesta, designando el lugar de donde la dispararon, que por esto se llamó calle de la *Basetja* y hoy corrompidamente *Basea* (2), y aun la parte en que cayó, que fué la actual plazuela de San Justo. Sobrevino en los ciudadanos gran terror al ver cuya era aquella cabeza; descaecieron sus ánimos, y quitándoles el dolor las armas de las manos y con ellas los deseos de pelear, desembarazó el camino al asalto de los sarracenos.

¿Por qué la historia ha de verse forzada á no confirmar esas bellas tradiciones? Bien es cierto al menos que la verdad del hecho es bastante rica por sí sola en poesía y en espíritu caballeresco; y ningún corazón entusiasta por las hazañas de aque-

(1) Cerca de Caldas de Mombuy.

(2) *Basetja* equivale á la voz catalana moderna *ballesta* (a).

(a) También equivale, más propiamente, *bassetja*, aún usada en algunas comarcas de Cataluña, á la *fona* (catalán), ú *honda* del castellano. Recuérdese que los antiguos ejércitos se valían de los fundíbulos, ú hondas gigantes, con las cuales arrojaban piedras enormes contra los muros.



llos siglos de gloria, puede no ensancharse á su simple lectura. Circunvalada Barcelona por Almanzor á fines de Junio de 986, el conde tentó el mismo desesperado medio que en otro tiempo el walí Zeid: confió á los barceloneses la defensa de su ciudad, y saliéndose de noche por mar, fué á llamar los fieles hijos de las montañas, dando la cita para las cercanías de Manresa. Á la voz del príncipe y á la fama de tal apuro bajaron de sus viviendas los descendientes de aquellos compañeros de Wifredo *el velloso* que pusieron sus manos en la primera restauración, de aquellos hombres libres ó godos ó indígenas, que sin duda á su vez traían su origen de los que habían desamparado las tierras catalanas y auxiliado á los caudillos *Chintila* y *Juan* en sus tentativas de resistencia; de aquellos soldados no obligados á rendir vasallaje sino al Emperador y posteriormente á su conde, los cuales entrando en la repartición del territorio que conquistaban con su sangre, cifraron en la bondad de sus lanzas los títulos de su independencia y por esta razón fueron apellidados *primeros hombres de la tierra*; esto es, primeros pobladores de la Marca. No había aún el feudalismo multiplicado en Cataluña los dominios y las jurisdicciones: los catalanes no hubieron de reunirse en torno de ninguna bandera de barón para ir en varios contingentes á componer sus ejércitos; cada cual pudo acudir á su conde con sus armas y su caballo; y avanzando entonces hacia Barcelona, que ya tuvo que rendirse el 6 de Julio, forzaron á los moros á desocuparla. Estos no lo hicieron sino después de darla al saqueo y al incendio. El estrago fué espantoso: de los ciudadanos, parte muertos á hierro, parte llevados cautivos á Córdoba; los que escaparon con libertad, privados de los títulos de sus propiedades que habían desaparecido con la guerra, y forzados á renovarlos; una destrucción completa de todos los monumentos de lo pasado, edificios y códices; y las heridas fueron tan hondas, que un siglo después aún no se habían cerrado enteramente, por lo cual puede con razón decirse que entonces fué Barcelona repoblada.

En la antigua nobleza catalana contábase la clase llamada *Homens de Paratje*, esto es, Hidalgos, Hombres de Paraje ó casa Solariega: su memoria documentada más antigua asciende al último tercio del siglo XI; mas la tradición y las crónicas aseguran que tuvo su comienzo en ese recobro de Barcelona, cuando el conde Borrell II ofreció privilegio militar ó de nobleza hereditario á cuantos se presentasen con armas y caballo á las montañas de Manresa. Bello es por más heróico que con los solos nuevecientos, que diz se presentaron, revolviese Borrell contra los sarracenos; mas ni la verdad histórica se aviene con tan escaso número, ni es creíble que los muchos pobladores del alta montaña, del Ampurdán, de todo el valle del Ter, y de los extremos del Vallés, que ya en aquel mismo siglo poseían con entera libertad sus *masías*, *masos* ó casales y sus tierras, dejasen de volar al lado de su conde á defender sus mismas propiedades, atajando aquella invasión terrible. No eran menester títulos en esa sazón para dar valor á una nobleza efectiva, que se fundaba en la verdadera independencia de sus propiedades adquiridas yermas por derecho de conquista: estos títulos aparecieron después, cuando, complicado el sistema feudal, organizó las gerarquías así de los dominios como de los mismos nobles; más tarde el orgullo y la corrupción de la sencillez antigua debieron de traer á varias familias solariegas á comprarlos del soberano, cuando la institución cambió de esencia y se relajaron sus fundamentos. De esta manera el mayor número de aquellos primeros pobladores guerreros, verdaderos *Homens de Paratje*, fueron transmitiendo á sus descendientes su libertad y sus propiedades, tal vez sus honradas costumbres y ciertos actos tradicionales en sus masías, sin curarse de revalidar con las pruebas de una vanidad moderna los timbres gloriosos de su estirpe, ó tan sólo cediendo parte de su independencia en beneficio de su seguridad ante la prepotencia de un barón vecino (1).

(1) El número de estas grandes casas de labradores es considerable; y si to-



Poco antes ó después de esta catástrofe, segunda vez casó el conde Borrell; mas su nueva esposa Aimeruds ó Eimerudis no le vió mucho tiempo á su lado en el solio, pues hubo de llorar su muerte á 30 de Setiembre de 992.

El nombre de Borrell vino á perderse durante el siguiente condado; y la historia casi no conoce al sucesor de Borrell II sino por *Ramón I*, nombre sin duda de su abuelo materno el conde de Auvernia, y raras veces por Borrell Ramón. Mas si el enlace de su padre con aquella casa de la frontera de allende había causado este cambio, el mismo Ramón I, casando con Ermesindis, hija de los condes de Coserans y Carcasona, preparó la introducción de un segundo nombre que ya después no había de separarse del suyo propio. Heredó la corona desmembrada del condado de Urgel, que por testamento de su padre pasó al hijo segundo Armengol ó Armengaud; y en verdad uno y otro justificaron esa división de estados con su concordia y con sus altos hechos. Y para que á la muchedumbre de los males pasados igualase ahora el número de los que debían entender en su reparación, las prendas y el ardimiento de los hermanos Ramón Borrell y Armengol fueron comunes á Ermesindis, la cual así rigió el cetro por sí sola en ausencia de su esposo como cabalgó á su lado en la guerra. La reedificación de Barcelona, negocio tan arduo, como en quien estribaba la autoridad y la fuerza del condado, no pudo embargar todos los esfuerzos de Ramón; antes atendiendo con ánimo activo á la defensa y ensanche de las fronteras y á la organización de sus estados, acababa de cerrar las heridas de su ciudad con la misma diestra que las causaba hondas y sangrientas á los sarracenos. El astro del hadjeb Almanzor aún influía en los negocios de los árabes, y el año 1000 desplomando sobre Cataluña el peso de sus fuer-

das se hacen notar por la antigüedad de sus pergaminos y por su hospitalidad, en algunas sorprenden al viajero unos modales que tienen el verdadero señorío de la sencillez, y ciertos actos que pasan sin alteración de padre á hijo, y por esto desde tiempos remotos forman parte de las tradiciones de la comarca.

zas, intentó vengar la afrenta de la anterior retirada. El primer ímpetu de la irrupción fué irresistible: los lugares reducidos á pavesas, Manresa arrasada, los castillos derruídos, los monasterios saqueados, sangre é incendio por todo el Penadés, el Vallés, parte de la montaña y marina atestiguaban la furia y el número de las tropas musulmicas; mas ni el estado de las cosas consentía á Almanzor una conquista detenida, ni se hallaban desprevenidos los condados de Cataluña. Cuán alta rayase la resistencia de Ramón I lo calla la historia, bien que á poco la de los árabes apellida caudillos insignes á él y á su hermano Armengol, y por lo que después obraron puede deducirse lo que ahora: ello es que Almanzor hubo de cruzar por una gran porción de Cataluña como un meteoro, apareciendo, asolando y retirándose con una rapidez igualmente espantosa (a). El riesgo que de continuo corrían sus fronteras ¿fué el principal motivo que llevó á nuestro conde á Roma con el obispo de Vich Arnulfo? Ciertamente no imploró en balde los auxilios de la Santa Sede: la mano de Dios inutilizó muy pronto al que tal vez había sido involuntario instrumento de su justicia y de sus misteriosos caminos; Almanzor, aquel rayo de las batallas, pereció en 1001 de las heridas y de la rabia, tras la derrota de Calatañazor; y bien que quedaba cual rastro de aquel fuego siniestro su hijo Abdelmelic, ni había de durar tanto en el imperio ni haberse con igual fortuna en las armas. Este también lanzó contra Cataluña la furia de sus ejércitos; y esta vez no fué sin verse disputado el paso en batalla campal, ni sin probar cómo iban creciendo en consejo é intrepidez aquellos dos jóvenes hermanos, ya aleccionados en la ruda escuela de las desgracias y acostumbrados á hacer frente al mismo Almanzor.

Iban á cambiarse los destinos: caído del mando de hadjeb Abd-el-Rahmán, segundo hijo de Almanzor, el imperio arábigo vino en España á gran turbación y discordia; y como ya este

(a) Es dudosa esta última entrada de Almanzor en Cataluña.



caudillo, creando tenencias ó feudos militares para los jefes más señalados, había comenzado á despertar las ambiciones y acostumbándolas á un mando que debía suponerse hereditario, la desmembración del Estado sucedió naturalmente, y de todas partes hirvieron á favor de la guerra civil las usurpaciones y las tentativas de los wálfes por su independencia. El emirato de Córdoba retiembla á los sacudimientos de los partidos: los contendientes, vueltas sus mismas armas contra el seno de la patria común, al fin llaman en su auxilio las de los cristianos; y los condes *Bermond y Armengudi*, esforzados caudillos del Afranc, según las crónicas arábicas, responden gozosos al llamamiento del derrotado Mohamed-ben-Hescham, uno de los que peleaban por el supremo mando. Ramón Borrell y Armengol á la sazón iban recobrando hacia las márgenes del Segre y el campo de Tarragona lo que las invasiones de Almanzor y Abdelmelic les habían arrebatado; y guarneciendo sus fronteras de los guerreros más terribles, esparcían su renombre y el terror de sus hazañas entre los sarracenos de estas partes llamadas entonces España oriental. Como Mohamed cifraba en los wálfes de ella el núcleo de sus partidarios, pronto debió de constarle que si su antagonista Soleimán-ben-el-Hakem había contado para derrotarle con la fortaleza de los castellanos, él podía ahora fiar su defensa á las buenas lanzas de Urgel y de Barcelona. Hechos los concertos, el año de 1009 parten la vuelta de la Andalucía los dos condes hermanos: corta su hueste pero escogida, fuerte con lo más ilustre en religión y en nobleza, bien cual peligrosa cruzada dirigida al corazón de los estados infieles: nueve mil combatientes la componen; mas á su cabeza van Ramón y Armengol, ondean en las primeras filas las banderas de los obispos de Barcelona, Gerona y Vich, y las enseñas de los principales señores de Cataluña, y á todos los agrupa y reúne á manera de cadena de bronce la Fe de Cristo y la memoria de los daños recibidos por su país natal. Los wálfes circunvecinos le van agregando sus fuerzas; y permitiendo Dios que ya los cas-

tellanos, desconfiados de su favorecido Soleimán, se hubiesen recogido á sus tierras, las aguas del Guadalquivir al fin reflejan las armas catalanas. El estruendo militar retumba desde sus márgenes por aquellas feraces campiñas: todo el poder de los infieles se congrega cerca de Córdoba en defensa de banderas distintas; y á 21 de Junio de aquel año 1009 (1) Soleimán-ben-el-Hakem y Mohamed-ben-Hescham traban la batalla. Los campos de Acbatalbacar son regados con la sangre mora; el valor de los catalanes fuerza la victoria en favor de Mohamed; y abriéndole las puertas de Córdoba y las del mando, dejan en la Andalucía un recuerdo tan terrible de su tránsito, que aquel año queda en la historia arábica con el nombre de *el año de los Francos* (2). Mas esa victoria no solamente fué cara á Mohamed, que también los cristianos la compraron con harta sangre de nobles y de pecheros: los monjes de San Cucufate y los fieles de Gerona hubieron de llorar por su celoso abad y obispo Otón, y las campanas de Barcelona y de Vich doblaron por la muerte de sus prelados el intrépido Aecio y Arnulfo. El conde Armengol quedó en Andalucía para sostener con su hueste el combatido trono de Mohamed y defender á Córdoba de los amagos del bando vencido; mas si bien desconfiando de la buena fe del nuevo rey, al fin sacó de Córdoba sus gentes, ya sucumbiese al rigor de sus heridas, ya á los estragos de la peste, su triste esposa Ermesendis sólo vió regresar su cadáver traído en hombros de sus leales montañeses (a).

Fecunda empero fué esta sangre: Ramón Borrell, sabedor

(1) Este año es el 1010 de la Encarnación. Los continuadores de la España sagrada y el P. Villanueva ya lo han probado con evidencia; y como el último comprobante que falta es el epitafio inédito de Otón obispo de Gerona, lo damos en el Número 10 del APÉNDICE.

(2) «Y esta sangrienta batalla de Acbatalbacar y el año 400 se llamaron el año de los Francos por los que vinieron en aquella hueste.» *Conde*, part. 2, cap. 106.

(a) La muerte de estos prelados, la de alguno de los cuales no está bien comprobada, así como la del conde Armengol, fué en la batalla de Guadiario, dada después de la de Acbatalbacar, en que los de Mahomed y los catalanes tuvieron que retirarse á Córdoba en derrota.